

man avanzada, reputándolos por sacerdotes) andad y confesad á los mudos habitantes del abismo: celebrad por ellos á la moda de los papistas." Hubo un jesuita sin duda de los mas ardientes en confesar la verdadera fe, á quien ataron á la boca de un cañon, y aplicaron al momento la mecha: suplicio que era en sí mismo el mas suave, pero da idea de la ciega impaciencia de aquellos hombres crueles.

Habia entre los jesuitas un jóven de diez y ocho años, llamado Simon Acosta. Su porte y sus nobles modales, daban á entender que era de ilustre familia. Esperando el corsario un rescate considerable, le preguntó con afabilidad quién era: y revistiéndose el jóven confesor de la presencia de ánimo y del language de los antiguos mártires, respondió constantemente con estas palabras: „soy católico: soy religioso de la compañía de Jesus." Muy en breve sucedió la ferocidad natural del corsario á su fingido agrado: y habiendo hecho una demostracion de furor, degollaron á Acosta, y le arrojaron al mar. Todos y cada uno de sus compañeros habian confesado la fe con igual valor, sin derramar ni una lágrima, sin exhalar ni una queja, ni dar señal alguno de terror.

Hasta entonces no se contaban mas que treinta y nueve jesuitas muertos. Al que completaba el número de los cuarenta, que era un cocinero, aunque igualmente firme en la fe que los demás, se le perdonó por respeto á su profesion, la que le obligaron á egercer en el navío corsario. Lo disponia así la

divina Providencia para gloria de los mártires, á quienes, además del testimonio de los portugueses, era necesario el de un hombre que lo hubiese visto todo desde mas cerca, ó el de unos ojos mas atentos y mas interesados en la publicacion de este triunfo. No obstante, estaba determinado en los decretos eternos el número de cuarenta, con respecto á los misioneros del Brasil, como sucedió en otro tiempo con los mártires de Sebaste. El que acababa de perder la corona, aunque sin ninguna culpa suya, fue reemplazado por un sobrino del capitan portugués, que admirado de las virtudes de sus religiosos compañeros de viage, habia solicitado con tales instancias ser admitido en el número de los novicios, que por último se le concedió esta gracia. Como no llevaba hábitos religiosos, porque en el navío ni los habia hechos, ni disposicion para hacerlos, fue inútil que se presentase á los asesinos de sus hermanos, con la intrepidez que habia caracterizado á los mas fervorosos, pues le echaron de sí, diciendo que él no era del número de aquellos propagadores del papismo, que habian sido condenados á muerte. „Os engañais (les dijo con resolucion). Estoy admitido en la compañía, y voy tambien al Brasil á predicar los santos dogmas de la Religion católica." Fingiéndose los calvinistas que no le habian oido, echó á correr al parage donde estaban ya despojados muchos de los mártires, se puso los hábitos de uno de ellos, y volvió á presentarse á los asesinos, los que por último le mataron con furioso despecho, y le precipitaron en las olas. De este

calvinismo. Padeció por espacio de dos meses todas las calamidades que pueden imaginarse, no tanto con motivo del hierro ó del fuego, como del hambre. La carne de los animales mas inmundos era un regalo aun para los ciudadanos opulentos. El pueblo no comia mas que los pellejos de los mismos animales, ó pergaminos remojados en agua, con un poco de paja molida y sebo, ó grasa corrompida. Se llegó al extremo de comer carne humana. Un padre y una madre desenterraron á su hija que acababa de morir, y se la comieron: cuyo delito fue castigado con la muerte. En fin, obligada la ciudad á rendirse, se la impuso una contribucion muy grande, se la privó de todos los honores municipales, y quedó desmantelada.

8. Se apresuró la corte á concluir esta guerra para no descubrir la infelicidad de la Francia á los embajadores de Polonia que habian ido á buscar á su nuevo Rey, el duque de Anjou. El obispo herege de Valencia del Delfinado, Mont-luc, era el que habia negociado esta eleccion, aunque con mucho trabajo, á causa de las negras impresiones que los horrores del día de San Bartolomé habian esparcido en todas partes contra aquel Príncipe. Pero alentada la Reina madre, segun dicen, por un medio digno de su carácter, esto es, por un astrólogo que la habia predicho que todos sus hijos serian Reyes, allanó las dificultades á fuerza de dinero. Entretanto, habiendo sido acometido Carlos IX de una enfermedad peligrosa, repugnó la Reina con el mayor empeño la marcha de su hijo el duque de Anjou, á quien miraba

con una predileccion ilimitada. Discurrió todo género de pretextos para detenerle en Francia cuanto fuese posible; y habiendo llegado la hora de ponerse en camino, le acompañó hasta Lorena, con una comitiva numerosa, que observó euán doloroso le era separarse de un hijo tan amado. Le estrechaba en sus brazos, y no podia desprenderse de él, mostrándole la mayor ternura, é inundándole con sus lágrimas. En fin, algunos cortesanos de los que iban mas cerca, oyeron que le decia por última despedida: „Anda, hijo mio, que no estarás allá mucho tiempo.” Estas palabras dieron despues motivo para hacer muchas reflexiones, arriesgadas sin duda alguna, pero que manifiestan el concepto que se habia formado de aquella Reina.

9. Postrado el Rey por la enfermedad que por último le quitó la vida, no se puede imaginar una suerte mas triste que la de este Príncipe. En vez de los consuelos que no se niegan ni aun á las personas mas comunes, experimentó indiferencia en su familia, aversion en sus pueblos, fermentaciones y turbulencias al rededor del trono; siendo lo mas cruel de todo los remordimientos con que estaba agitada su conciencia, que no le permitian el menor sosiego de dia ni de noche. Dispertaba sobresaltado con sueños espantosos; y su imaginacion perturbada le hacia ver arroyos de sangre, montones de cadáveres y espectros errantes que se quejaban de él y le amenazaban. Estando solo, gemia frecuentemente: algunas veces fijaba de pronto los ojos en el cielo, y prorumpiendo

después en suspiros, exhalaba la amargura de que estaba llena su alma. Bajo el gobierno de un Rey oprimido de este modo por sus propios males, de un Rey que llegó á aborrecer la vida y abandonó las riendas del estado, se introdujo la division en la familia real entre la madre y los hijos; no tuvo límites el espíritu de faccion en los grandes; se quejaron y se conmovieron los pueblos; quedó interrumpido el comercio en todo el reino; desapareció la policía de las ciudades y la seguridad de los caminos; en una palabra, todo era un latrocinio manifiesto, y el desorden de la anarquía. En fin, después de muchos atentados y de varios castigos, en cuya relación no debemos detenernos, cansado Carlos IX de luchar contra la adversidad de su suerte, nombró á su madre por gobernadora á 30 de Mayo de 1574, y murió en el mismo día, antes de cumplir los veinticuatro años. Había algunos días que le salía sangre por todos los conductos de su cuerpo, y aun por los poros: lo que se atribuyó á castigo del cielo, por los asesinatos que se habían cometido por orden suya.

10. El Rey de Polonia salió de aquel reino á los trece meses después de su elección, y á los cuatro de haber tomado posesion de él, para ocupar el trono que heredaba de su hermano; pero no hizo este viaje como Soberano de dos estados poderosos, sino mas bien como un fugitivo, y como un preso que se escapa de la cárcel. Desapareció de noche, y en menos de dos días se puso en territorio de Alemania, dejando espuestos al resentimiento de los polacos á

los franceses que no habían podido hacer la misma diligencia. Para justificar esta precipitacion, alegó la necesidad de evitar las turbulencias de su nuevo reino; pero cuando se le vió emplear tres meses en los varios pueblos del tránsito que le ofrecían algun placer, no dudó nadie de su verdadero modo de pensar, y se juzgó desde luego cuál sería en el trono el héroe prematuro de Montcontour. En efecto, solo pareció digno del imperio mientras no reinó. No podía comprenderse su carácter, pues en ciertas cosas era superior á la misma dignidad real, y en otras se le hallaba inferior aun á los hombres mas comunes.

11. Tenía un género de talento que hizo despreciable su conducta, y alejó de él la confianza de la nacion. Segun dicen los observadores que mejor le profundizaron, y uno de sus ministros mas queridos, estaba dotado de una aprension viva, pero de un juicio erróneo; y así es, que mostraba un ardor estremo para emprender un proyecto, y ninguna habilidad en elegir los medios de egecutarle (1). Tenía además grande opinion de su capacidad, y despreciaba altamente los consejos de todos aquellos que no eran de su propio dictámen, egecutando lo mismo con los de las personas que no gozaban de su favor; porque cuando amaba á alguno, no sabia pensar por sí mismo, y parecia un autómatá movido segun el capricho del favorito. Había heredado de su madre el gusto de embrollar todos los asuntos, buscando siempre los medios mas complicados, los mas oblicuos y los

(1) *Mem. de Nevers, t. 1. = Chiv. p. 212. = Matt. l. 7. p. 418.*

mas á propósito para inspirar desconfianza. No le faltaba valor; pero era solamente en el momento de la accion. Fuera de este lance, estaba dominado de una pereza que le hacia incapáz de resistir á los obstáculos, y de sufrir los trabajos. Toda su actividad la empleaba en los placeres, en el adorno afeminado de su persona y de sus favoritos, en asistir á las ceremonias públicas, en devociones extravagantes, en enredos y en aventuras indignas, no solo de un Soberano, sino de cualquiera hombre bien nacido.

12. Por desgracia era muy acomodada la situacion de la corte á las disposiciones del Monarca. Venia á ser entonces el Louvre una escuela abierta á toda la nobleza del reino, la cual se egercitaba los dias enteros en jugar á la esgrima, en luchar, en correr, en saltar una barrera ó una profundidad peligrosa, y en tirar con primor un pistoletazo ó una estocada (1). En medio de estos egercicios violentos, que podian tener alguna utilidad, no se hablaba mas que de duelos y galanterías, de espediciones arriesgadas, de empresas temerarias y locas, de escalar una pared, de saltar por encima de un foso, de forzar un asilo, de matar y de incendiar. Hacian juramento de no abandonarse unos á otros, de correr la misma fortuna, de que fuesen comunes sus bienes y sus males: y el Rey era el primero que tenia á mucho honor contar un gran número de campeones adictos á su persona. Como carecia la corte de las

(1) *Mem. de Margar. de Bouillon, de Mont-Luc, Brantome, &c.*

primeras ideas de la decencia, ó á lo menos eran éstas muy diferentes de las nuestras, era bastante comun ver al Rey con sus cortesanos ir á la boda de una aldeana, correr por ferias y mercados, bailar y loquear por las calles y plazas públicas, insultar á los espectadores y á los que iban de paso, y sufrir ellos mismos mas de una vez los insultos y silvidos del populacho. Fácil es discurrir cuántos desórdenes se cometerian en aquellas correrías; y lo mas particular es, que despues daban materia á las conversaciones mas interesantes del Louvre.

A estos escesos tumultuarios se seguian actos de religion no menos ruidosos, misas cantadas y ayudadas por aquellos jóvenes atolondrados que afectaban todas las señales exteriores de la piedad, largas y pomposas procesiones, y peregrinaciones penitentes, desde donde pasaban con la misma seriedad á casa de los astrólogos ó adivinos, llamados del otro lado de los montes por Catalina de Médicis. En estas concurrencias clandestinas, adonde acudian confusamente hombres y mugeres, se componian filtros amorosos ó talismanes para vengarse de los desdeñados. Pero si los maleficios y el veneno eran el recurso de los débiles, las almas que se tenian por generosas, empleaban la violencia abierta y el asesinato, sin ningun respeto á los lugares ni á las cualidades de sus víctimas. El duque de Guisa persiguió con espada en mano á un caballero hasta la antesala del Rey. El favorito Villequier dió de puñaladas, por causa de celos, en medio del Louvre, á su muger, que

estaba embarazada de dos criaturas. En fin, una muger mató, de un modo que el pudor no permite referir, al hombre inconsiderado que se había atrevido á ser su esposo (1).

Basta este solo rasgo para conocer á qué punto habian llegado los dos sexos. Desdeñándose las mugeres de las leyes de la antigua galantería y aun del heroísmo caballeresco, exigian pruebas de un cariño que rayase en frenesí. Era cosa honrosa é indispensable presentarse, á la primera señal de un ídolo imperioso, delante de un furioso toro ó de un leon rugiente; arrojar-se en un rio sin saber nadar, y abrir-se las venas con un puñal para demostrar que no costaria dificultad derramar hasta la última gota de sangre. Ya se deja conocer cuál seria el premio de semejantes sacrificios, con perjuicio del pudor y de los vínculos mas sagrados. De aquí los celos, el espiarse, las confianzas y las delaciones, la discordia y las turbulencias que deshonoraban á la misma familia real. Tales eran las disposiciones de la corte y del Príncipe, cuando llegó Enrique III á ocupar el trono; y nada prometian que no fuese funesto al estado y á la religion. Cuando no hay principios de virtud, de honradéz, ni aun de decencia en las cabezas de la nacion, el primer impulso trae consigo inevitablemente la catástrofe. Los sucesos siguientes harán palpable este punto de esperiencia.

13. En unos tiempos tan críticos para la religion,

(1) *Brant. t. 7.*

no estaba el imperio mejor gobernado que la Francia. Rodolfo II, que sucedió en 1576 á su padre Maximiliano II, era tan indolente, que perjudicó con su desidia á los intereses de su casa, no menos que á los negocios del estado; y así permitió que su hermano Matías capitanease á los flamencos rebelados contra su tio, el Rey de España. Pero se le ha atribuido injustamente una ridiculéz, suponiendo que mandó colocar un cepillo ó caja en las puertas de las iglesias á fin de recoger limosna para hacer la guerra á los turcos. El decreto dado sobre este punto dice precisamente, que aquellas limosnas se destinarian á proporcionar mejor asistencia en los hospitales á los heridos y enfermos que hubiesen peleado contra el enemigo comun de la cristiandad. No fue Rodolfo menos inútil para el bien del estado y de la Religion. En su largo reinado de treinta y seis años, se le vió presentarse de cuando en cuando en la escena; para sufrir con indiferencia las afrentas, y para dar lugar á que le despojases sucesivamente de sus varias coronas.

14. Luego que Enrique III tomó posesion de su reino, murió un vasallo peligroso, á lo menos por su modo de pensar acerca de la direccion de los asuntos religiosos. Trátase del célebre cardenal Carlos de Lorena, de quien se dice que formó en Trento el plan de la liga, á fin de defender la fe católica. Los enemigos de este prelado le acusaron de una malignidad profunda, y sus partidarios le preconizaron por un santo, cuyas oraciones habian suspendido la

modo se completó el número de cuarenta en aquellos verdaderos mártires, reconocidos solemnemente como tales por la Iglesia, pues fueron sacrificados sin ninguna otra causa ni pretexto que su adhesión á la verdadera fe; y de este modo se portaban aquellos asesinos hereges en todas las ocasiones en que podían hacerlo impunemente, siendo así que fuera de estos casos no hablaban de otra cosa que de tolerancia y de mansedumbre evangélica.

5. Despues de los desastres del día de San Bartolomé, miraban aquellos peligrosos sectarios como inevitable su total ruina; y si permanecían en las ciudades que ocupaban en Francia, era solo mientras buscaban fuera del reino un asilo mas seguro. Con la lentitud é inconsecuencia de la corte, que en vez de oprimirlos en los primeros momentos del terror de que estaban poseidos, empleó con ellos las sollicitaciones y las promesas, les tomó bajo su protección, y aun mandó que se les restituyesen sus bienes, sucedió al abatimiento la esperanza, las tramas, la audacia y las hostilidades. No obstante, se resolvió quitarles la Rochela, que era la mejor plaza que tenían, y tomada por las tropas del Rey, no tardarían en rendirse las demás; pero en esto se llevaba la mira de transigir con ellos por medio del sitio, y de los peligros á que se espondría todo el partido.

Ninguna cosa manifiesta mejor la conducta estravagante de Catalina de Médicis, que lo que se determinó acerca de este punto (1). Francisco de la Noüe,

(1) *Amir. Vid. de la Noüe. = Memor. de Mornai, p. 4.*

que era de una familia ilustre de Bretaña, y estaba muy acreditado por sus prendas militares, y muchas por su acendrada probidad, habia tenido la desgracia de abrazar las nuevas doctrinas, seducido con ciertas apariencias de virtud. Durante la mortandad del día de San Bartolomé, se hallaba en los Países-Bajos, adonde habia ido á dar principio á la guerra, con que se traía entretenido á Coligny. La Noüe amaba verdaderamente á su pátria, habia deseado siempre con sinceridad la paz, y hacia la guerra sin ambición, únicamente por la obligación que le prescribía una conciencia engañada. ¡Qué poco hubieran durado los disturbios si el mayor número de los calvinistas hubiese estado animado del mismo espíritu! Con estas disposiciones, y atendiendo la Noüe á la dificultad que habia para encontrar un asilo decente, se determinó á ofrecer sus servicios á la corte. Le recibieron con los brazos abiertos, hicieron con él mil demostraciones de aprecio y de benevolencia, le restituyeron los bienes que se habian confiscado á su cuñado Coligny, y despues le propusieron que fuese á inspirar sentimientos de sumisión á los habitantes de la Rochela. Marchó la Noüe á esta delicada comision, despues de haberse escusado mucho, y poniendo por condicion espresa que no se le empeñaría en engañar á nadie. Aunque los sectarios, y en especial los ministros, no sospecharon de su probidad generalmente conocida, le recibieron de un modo que debió desagradarle mucho. „Nosotros (le dijeron) tenemos que conferenciar con el virtuoso la Noüe; ¿pero dónde

está éste? pues no le conocemos en el papel que aquí representa." Últimamente, se le dijo que eligiese entre estas tres cosas, ó retirarse de la ciudad, ó permanecer en ella como simple particular, ó encargarse de su gobierno contra las tropas del Rey: y lo mas incomprendible es, que la Noüe tomó este tercer partido con aprobacion de la corte. Se vió, pues, á un realista con toda la confianza de unos vasallos rebeldes al Rey, y á este mismo realista puesto á la cabeza de los rebeldes, con el beneplácito del Rey y sin perder su confianza. Con semejante gobierno, ¿cuál debia ser la suerte del estado? ¿Y cuál hubiera sido la de la religion, si no hubiese tenido otro apoyo que el del cetro?

La Noüe conservó la confianza de los dos partidos por medio de una integridad tan extraordinaria, como la prueba á que le esponian uno y otro. Cuando vencía en una salida, volvía á suplicar á los ciudadanos que admitiesen las ofertas ventajosas que les hacia la corte. Era un guerrero terrible en la accion, y un ángel de paz en el consejo. Estos papeles tan contrarios, fueron causa de que se formasen contra él muchos cargos sensibles; pero su probidad estuvo constantemente libre de toda sospecha. Sin embargo, no pudo inspirar sentimientos pacíficos á sus estériles admiradores. Por otra parte, el duque de Anjou, que mandaba un ejército formidable, no pudo tampoco reducirlos á la sumision, de grado ni por fuerza. Al paso que este Príncipe se iba acercando al trono, se disminuían visiblemente y caminaban á su total

ruina las cualidades que en otro tiempo le hacian digno de ocuparle. No habia subordinacion ni disciplina en sus tropas, ninguna armonía, ningun secreto en sus consejos; y enteramente engolfado en sus ideas relativas á la corona de Polonia, que se trataba de proporcionarle, mostraba una indiferencia absoluta en todo lo concerniente á la Francia y aun á su propia gloria en aquel reino. Por fin, se vió reducido á tratar con los rebeldes, conviniendo en unas condiciones vergonzosas, y poco mas ó menos segun á ellos les agradó exigir las. Se les concedió el libre ejercicio de su religion, y no solo para ellos mismos, sino tambien para los habitantes de Nimés y de Montalban, que eran sus principales cómplices, y para los señores de vasallos que no hubiesen abjurado. Además de esto, se prometió que nadie seria inquietado con motivo de religion, ni aun por haber dado palabra de abjurar; que todos los que habian tomado las armas por esta causa, y especialmente los ciudadanos de las tres ciudades que se acaban de nombrar, serian puestos en posesion de todos sus bienes, y que se les declararia fieles vasallos del Rey. Tal fue el éxito de un sitio que costó cuarenta mil hombres y una suma de dinero tan prodigiosa, que quedó el reino mas agotado con esta guerra de ocho meses, que con todas las precedentes.

Reçayó la venganza sobre la desgraciada ciudad de Sancerre, que no habiendo sido comprendida en el tratado, sino en quanto á la libertad de conciencia, pretendió tambien el ejercicio público del